



servaba algun orgullo, distinguíase al lado de él, sobre la costa extrema del Asia, un pequeño Estado capaz de dar una brillante repulsa á sus pretenciones. Ilion ha salido de sus cenizas, y la ciudadela de Priamo está restablecida.

Ya se sabe cómo, desde el 283, en medio de las guerras de Lisimaco y de Seleuco (1), un eunuco, Filetero, el «buen compañero,» de gobernador se hizo príncipe independiente de Pérgamo. Despues de él, su sobrino ó su hermano Eumenes I (263-241), se mantuvo y se fortificó á favor de las grandes querellas, cuyo atronador espectáculo cubria las pequeñas insurrecciones; despues el vicio le arrebató la vida.

Un sobrino ó yerno de Eumenes, Atalo I (241-198), se afirmó en él por la derrota de los temibles galos, y orgulloso de su victoria, se atrevió en fin á proclamarse rey. Filetero, que no habia tomado este título, es por lo tanto representado en sus medallas con una corona de laurel ó de oliva, señal de cierto sacerdocio. La frente de Atalo está ceñida con una diadema. Habia tambien hecho esculpir en sus monedas una Minerva, cuyo asiento estaba adornado de esfinges y colocada su mano sobre su escudo. Protegiendo las ciencias y las artes, resistiendo á sus enemigos, se mostró digno de la sábia y belicosa diosa. Su reino, inatacable á los golpes de los seleucidas, no era, sin embargo, más que una insignificante parte de su imperio; pero ha comenzado el desmembramiento (2).

Habia más porvenir en el Egipto helénico, singular compuesto de envejecidos recuerdos, más persistentes que las rocas, y de nuevos usos, que permanecian en la superficie y no penetraban más adelante; del mismo modo que las olas cubren la inalterable roca, sin alterarla.

En el fondo era siempre el mismo carácter, triste, sombrío, paciente; el mismo espíritu

(1) Véase el capítulo de los primeros sucesores de Alejandro.

(2) Polibio, *De virt. et vit.*; Tito Livio, l. XXXIII, c. XXI; Estrabon, l. XIII.

sacerdotal y místico; la misma jerarquía de sacerdotes, tribunales, clases, en fin, el mismo respeto á los muertos. Los viejos egipcios de los campos conservaban con el mismo cuidado todo lo que habia tenido vida, las ideas y las costumbres como los cadáveres.

Pero aproximémonos á las orillas del mar; entremos en el puerto de escala de las tres partes del mundo, en la capital del comercio, punto de cita de todos los mercaderes, Alejandría; recorramos esta ciudad, extranjera de nombre, fundada por la conquista, último resumen y último recuerdo de Alejandro Magno, que querria unir el universo; dirijase una mirada solamente sobre este bazar abierto á todos, en donde el más taciturno de los hijos de Mezraim es estrechado por un grosero mercenario de Escitia ó de Tracia, en donde el alegre é indolente griego pasa al lado del judío refugiado en este asilo universal; extráñase no encontrar el carácter exclusivo de la raza de Cam.

Sólo la tierra permanece faraónica; lo que está sobre ella, á lo que parece, ha tomado una nueva faz. El espíritu de las castas no sobrevive; el despotismo regularizado de los príncipes ha desaparecido; el pueblo se desliza al pié de las pirámides, y en adelante no volverá á construir otras. La escuela de Alejandría tambien no enseñará ya una filosofía egipcia, y operará una fusion entre las ideas de la Grecia, del Asia y del África. Algunas funciones y ceremonias de la antigüedad, solamente, han sido conservadas por el gobierno nuevo; por lo demas, nada se asemeja al antiguo gobierno. Al presente ocupa el trono una tiranía bastante vulgar, y es la dinastía de los Lagidas, esclarecida, voluptuosa, sanguinaria; la familia de los Ptolomeos, muy sábia en maldades, bastante protectora de las letras, y sobre todo extremadamente inhábil para empuñar el cetro (1).

En medio del mar, en la concha que forma el ángulo del Asia Menor y del Egipto, se sostenia otro pequeño pueblo, como el de Pérgamo, en presencia de las grandes monarquías. Y si era una vergüenza para los poderosos im-

(1) Anales de los Lagidas, etc.

## CAPITULO VI

**Mundo Central.—Completa destruccion del imperio de Alejandro.—Desde la batalla de Zama hasta la guerra contra Mitridates.—Siria.—Ródas.—Pérgamo.—Judea.—Egipto.**

De la lucha entre Roma y Anibal, entre la ciudad conquistadora y el genio audaz de un sólo hombre, dependia la suerte del mundo antiguo. Y sin embargo, esta gran lucha no habia atraído la atencion más que de los pueblos occidentales. En un principio, iberos, galos y numidas fueron los únicos que tomaron parte en ella; al fin, se mezclaron tambien en ella las provincias europeas del antiguo imperio de Alejandro. Pero los imperios de Asia y de África se circunscribian á sus mutuas y mezquinas rivalidades, y sus preocupaciones no se extendian más allá del limitado círculo en que se movian.

Bien pronto se fraccionan estos poderes; despiértanse las antiguas nacionalidades, y mientras la influencia griega es rechazada al otro lado del Taurus, en Asia Menor, en donde se funde casi con el espíritu de las poblaciones, surgen de nuevo algunas razas antiguas, y el Oriente recobra sus envejecidos hábitos. Levántase una extraordinaria barrera entre el Asia occidental y el África, que se inclinan hácia Roma por un lado, y por otro al Asia Oriental, que no renuncia á la independencia.

¿Qué eran todas estas monarquías de Asia ó de África, sino frágiles plantas que el menor

soplo debia de abatir? El Asia entera parece obedecer á un solo dueño. El trono de los seleucidas reúne á él todas las provincias que habian pertenecido en otro tiempo á la Persia; pero en el fondo de sus serrallos los degenerados hijos de los capitanes macedónicos no tenían más vigor que los antiguos schahs del Iran. Y por otra parte, no estando identificados con el suelo ni por el origen, ni por la religion, ni por la costumbre, no poseian aún el supersticioso respeto de los pueblos. El nombre de Seleucia ó de Antioquia no tenia la veneracion inherente al nombre de Babilonia, y las setenta y dos satrapías de Seleuco, agrupadas en derredor de esta capital, no tendian más que á separarse de ella.

Así los sátrapas se sublevan, los países se declaran en rebelion, los reyes asesinan á sus ministros, ó son envenenados por ellos; siempre ha sido este el estado del Asia. Únicamente ya no se ven inmensas reuniones de hombres ni las gigantescas tentativas de los sucesores de Ciro. Hay en el imperio de los seleucidas otros tantos gérmenes de disolucion, pero menos aparente grandeza que en la antigua monarquía de los persas.

Si este vasto y desorganizado cuerpo con-



perios el dejarle subsistir, esta vergüenza databa de léjos. Una ciudad, cercada por las olas, rica, comercial, apasionada por todas las obras de la inteligencia, vivió siglos entre el Asia y la Grecia, como un lazo de union entre los dos mundos. La isla en donde esta pequeña é ilustrada ciudad se hallaba realmente asentada, y la ciudad misma; se llamaban Ródas.

Ródas podía recordar, como título antiguo, el recuerdo de los reyes que la gobernaron antes y despues del sitio de Troya. Derrocó la monarquía hácia el tiempo de las guerras médicas; despues, unida á la Grecia, sometida, sublevada sucesivamente, siguió los destinos de Aténas, hasta la guerra social que la devolvió la libertad, así como á Chios, Cos y Bizancio. Libre de la opresion democrática, que hacia de su puerto uno de los súbditos del Pireo, era muy débil, y el rey Mausoleo de Caria (hácia el 353) le impuso una guarnicion extranjera y un régimen aristocrático, cuando á la muerte del príncipe, Ródas quiso vengarse en Artemisa, viuda de Mausoleo, que envió una flota, la cual entró en Halicarnaso. Pero los marineros de esta flota fueron degollados; Artemisa subió á sus galeras, que habia adornado con laureles, y no fué reconocida más que en el puerto. Dueña de la ciudad, la gloriosa reina erigió un trofeo representando á Ródas vencida, y la princesa triunfante que la marcaba con un hierro candente. Ródas recurrió entonces á Aténas. Todas las servidumbres particulares desaparecieron en la conquista macedónica. Otro servicio que Alejandro prestó á la república del Mediterráneo, fué la destruccion de Tiro. Cartago estaba léjos; Ródas fué en el Oriente sin rival en el mar, y tenia ya colonias hasta en Galia, en España, y por otro lado hasta en el Mar Negro.

Esta ciudad pacífica no quiso tomar parte en las sangrientas discordias de los herederos del conquistador. Siempre aliada de Egipto, cuya poderosa proteccion debia ponerla á cubierto, no pedia más que no combatir á los Ptolomeos; pero fuerte en su nacionalidad, resistió tambien á las innumerables naves de Demetrio, y el hijo de Antígono, que no pudo tomarla, se mostró bastante envanecido por un

tratado y algunos rehenes para tomar el título de Poliorcetes.

Es, por lo demas, un singular espectáculo el que ofrece una ciudad comercial que cada uno ama y protege. Pero su famoso coloso debia igualmente pasar las naves de toda nacion; y su puerto, al contrario de las limitadas ideas de la antigüedad, ofrecia á todos un seguro refugio. Así, cuando la gigantesca estatua de Apolo, llevando la luz del dia, que se trasformaba en faro durante la noche; cuando esta «maravilla del mundo» se hundió en los abismos á causa de un temblor de tierra, se ve juntamente á los reyes y á los tiranos de Egipto, de Pérgamo, de Siracusa, enviar socorros á Ródas; Europa, Asia y África la sostienen. Aquí, sin embargo, aparece una especulacion mercantil; la república habia recibido sumas enormes para levantar su coloso. Arrancó una respuesta favorable al oráculo de Delfos, hizo escombrar las ruinas, no restableció nada y guardó las riquezas (1).

Roma hizo avanzar bien pronto sus legiones sobre el Oriente. Desde este momento Ródas y Pérgamo, independientes en el nombre, se entregaron á la alianza romana. Pretendieron, es verdad, por un instante un papel de mediacion; pero el Senado se aprovechó de las galeras rodias, y sostuvo á los Atalo y á los Eumene, como otros tantos espías y tráfugas en el campamento enemigo del Asia. Esta condicion de los reyes de Pérgamo es notable. Ciertas existencias de dinastías ó de pueblos se resúmen en su origen: desde el eunuco Filetero, aquel trono fué siempre esclavo.

La ambicion de los romanos se acreditaba cada vez más. Un nuevo príncipe seleucida, Antioco, era el tercero de su nombre y subia al trono á los 15 años (222): despliega desde luégo bastante firmeza. Más tarde se añadió á su nombre el título de *Grande*, y este epíteto no es muy ambicioso si se piensa en todas las hipóboles que han rodeado á sus predecesores y descendientes. La guerra contra Egipto y la Siria, inmortal rivalidad de razas, de países y de conquistadas, es comenzada en el mismo campamen-

(1) Diodoro de Sicilia. *Passim*.



to. Pero estallan revoluciones y sublevaciones, Antioco comprime todos estos disturbios y hace dar muerte á su pérfido ministro Hermias; un terrible encono se habia armado contra este hombre; las mujeres de Apamea, á la nueva de su muerte, se arrojaron sobre su mujer y sus hijos y les asesinaron á pedradas (1).

Egipto se habia mostrado poco ántes formidable. Uno de los Ptolomeos arrebató los trofeos de Cambises en la ciudad de Susa; una parte de la Siria se cubre de guarniciones egipcias. Pero esto no era en tiempo del conquistador Evergetes; reinaba otro Ptolomeo, licencioso, con la caballera rizada (2), á quien la fama acusaba de parricidio, y cuya cruel acusacion justificó por otros crímenes. Este príncipe, entregado á los eunucos, no perdonó ni á su madre Berenice, ni á su hermano Magas, y sin embargo, su infame y odiosa tiranía no excitó grande oposicion. Sólo el rey de Esparta refugiado, Cleomenes, se indignó y se atrevió á manifestar su indignacion: amenazado, se le vió correr las calles de Alejandría, llamando á los habitantes y á los mercenarios á adquirir la libertad. Creía que la medida estaba colmada aun para los alejandrinos, y olvidaba que él habia sido proscrito por ciertas reformas en la ciudad de Licurgo; este delirio le fué mortal. Se suicidó para escapar de los secuaces de Filopator, el cual, por una cobardé infame venganza, hizo poner su cadáver en una cruz y degolló á sus piés la mujer, la madre y los hijos del infortunado espartano.

Seguramente el instante es favorable para Antioco. Fenicia, Palestina, el Líbano y el Anti-Líbano sirvieron siempre de terreno á los ejércitos combatientes: los egipcios eran dueños del campo de batalla; Antioco les rechazó de posicion en posicion. Sin embargo, cuando dejó á su enemigo el tiempo de reunir su ejército y sus elefantes, fué batido en Rafia (216). La Siria, vencida, no habia encontrado su independencia.

Egipto estuvo tranquilo por este lado, y nada

(1) Tito Livio, l. XXXIII-XXXVIII; Apiano, *Guerras siríacas*; Polibio.

(2) Visconti, *Iconografía griega*, t. III.

turbó ya los infames ocios de aquel que, por una irrision terrible, llamaban *amigo de su padre Filopator*. Los egipcios habian admirado en Rafia á la reina Arsinoe, arrojándose en la refriega y animando á los soldados. En recuerdo de esta gloriosa accion dedicó una trenza de sus cabellos al templo de Diana; bien pronto Ptolomeo la hizo perecer. Y sin embargo, este mismo rey enviaba auxilios á Ródas, alterada, y construía un templo á la gloria de Homero. El monarca, discípulo del famoso crítico Aristarco, hizo representar al cantor de la Grecia sentado en medio de estatuas de ciudades que se disputaban el honor de haberle visto nacer (1).

En Siria Antioco se encontraba entre dos peligros. Uno de sus lugartenientes, Aqueo, injustamente tenido por sospechoso, no vió esperanza más que en la revolucion, y se hizo proclamar rey de Asia en el Asia Menor. El rey de los partos amenazaba hácia el Norte, y los bactrianos estaban en armas. Antioco se alió á sus enemigos contra otros enemigos: á Atalo, que temia un vecino tan poderoso contra Aqueo; al príncipe Arsachag ó Arsaces, que fué reconocido rey, contra los pueblos de la Bactriana. El resultado fué, sin embargo, diferente: Aqueo fué decapitado; pero éste no era más que un hombre, y la Bactriana, que por esto no se consideraba vencida, conservó á Eutidemo por rey. En cambio, en una expedicion más afortunada, llevando el sirio sus huestes hasta el Indo, corriendo las altas comarcas del Asia Septentrional, ó volviendo á descender hácia el Golfo Pérsico, restableció su efimera y dudosa supremacia. Hiciera lo que hiciese, no valia esto la pena de creerse otro Alejandro (2).

Es necesario detenerse aquí un instante. Aníbal no aniquila en Italia el genio de Roma, que toma su vuelo y se introduce ya en los asuntos de Oriente. Un rey de cinco años y medio (207), el quinto Ptolomeo, fué colocado con su reino bajo la tutela de los romanos; un romano arregló sumariamente el gobierno y la administracion, y no atreviéndose todavía á en-

(1) Visconti; Polibio, *De virt. et vit.*

(2) Justino, Polibio.



cargar á romanos los primeros puestos, entregó á lo ménos el Egipto en manos de extranjeros. Se vió un primer ministro acarnanio, el severo Aristómenes. Como los etolios se mostraban aliados del senado, fué llamado un cuerpo de entre ellos bajo las órdenes de Escopas. Este jefe tomó el mando militar, y así, en la guerra que se encendió contra la Siria, no es ya Egipto, sino los mercenarios, los que aparecen en el campo de batalla. Estos mercenarios pertenecen más á la república romana que á Ptolomeo.

La Siria comprendió el peligro; la Macedonia se unió á ella. Filipo y Antioco se dividieron Egipto en un tratado que aniquilaba así la influencia occidental.

Faltaba sólo ejecutar el tratado. El etolio Escopas, dueño de la Judea, fué vencido en las orillas del Jordan y capituló en Sidon. La Palestina y la Celesiria son conquistadas, el Asia Menor se somete, la dominación siríaca se extiende hasta Europa sobre el Quersoneso.

Pero las ciudades griegas levantaron el grito contra la servidumbre; Atalo temblaba ante este acrecentamiento de los selucidas como había temblado ante Aqueo; por otra parte, había ayudado á los romanos contra Filipo y Filipo le amenazaba. En fin, los rodios habían sido obligados á librar dos combates navales á la marina macedónica. Pérgamo, Egipto, Ródas invocaron el auxilio de los vencedores de Cartago; pero sin embargo, la Grecia está unida estrechamente al Asia, Aníbal no ha muerto, y por tanto, no hay nada todavía terminado (1).

Era necesario operar una gran unión en el odio común á la ciudad itálica; por desgracia esta unión pareció desde luégo imposible en medio de las envidias y de las querellas particulares de las ciudades, de los pueblos y de los reyes.

Abandonando Aníbal á Cartago vencida y llegando á Oriente, esperaba encontrar allí, en los descendientes de los capitanes de Alejandro hombres capaces de comprender y de ejecutar sus vastos designios; y no encontró más

(1) Tito Livio, l. XXXIII-XXXVIII.

que eunucos. Casi todos, sin embargo, reconocían el peligro; pero rehusaron combinar sus esfuerzos, que no podían llegar á ser temibles sino por su conjunto, y se presentaron sucesivamente al combate. En esto consistió la salvación de Roma; abatió una en pos de otra á todas estas cabezas aisladas.

Y desde luégo la Grecia tuvo sus traidores, Nabis, tirano de Lacedemonia, los etolios, los atamanes, los atenienses y los ilirios. Filipo, que por sus despóticas pretensiones había irritado contra él generosas susceptibilidades de independencia, fué vencido el primero en Cinoscéfalas (197); por esto la Macedonia perdió toda ambición de mando, y no pensó ya sino en la resistencia. La Grecia fué declarada libre, es decir, súbdita ó protegida de Roma. La guerra contra Nabis, los descontentos inspirados á los etolios revelaron en parte la política del senado. Libre de otros enemigos, no tenía ya que combatir más que á los etolios y á Antioco (192).

El rey de Siria había perdido ya el momento favorable. Esta falta, ¿podía imputarse á Aníbal? Este no había podido doblegarse al servilismo de los cortesanos: Antioco creyó ver en él, no al vencedor de Canas, sino al vencedor de Zama.

El glorioso capitán pedía solamente algunos soldados, y un desembarco en Italia, sostenido con su nombre, quebrantaría de nuevo el poder romano. Durante este tiempo, Antioco avanzaría victoriosamente por la Grecia; la mancha no era difícil de borrar y todo el honor estaba allí concentrado.

Aníbal no se reservaba más que el peligro, y el rey de Siria no quiso concedérselo. Desde el momento en que no consentía en el ataque simultáneo que se le proponía, no debía ya contar segura una marcha triunfal; creyó, sin embargo, no tener nada que temer ni que hacer; se entretuvo en celebrar sus bodas en la Eubea, y se dejó batir en Grecia por Catón.

Entonces todo su valor se desvaneció con el mentido prestigio de su fuerza; prosiguió en Asia, y se dirigió tardíamente y áun con desconfianza al genio del héroe cartagines. El imperio selucida subsistirá largo tiempo, pero la



batalla y el tratado de Magnesia le han herido en el corazón (190).

Antioco abandonó toda el Asia hasta el Taurus, lo cual le debilitaba mucho; se obligó á entregar á Aníbal, lo que deshonoraba, y pagó contribución á Roma y á Pérgamo, lo que le arruinaba. Cuando se fué hácia el Oriente para introducir una reforma en las rentas de su país, encontró el expediente de saquear los templos, y comienza la persecución contra toda religión diferente de la religión griega. Quiso despojar el templo de Belo, en la Elimaida, y fué asesinado por el pueblo. Sus sucesores perseveraron, y esta querrela de dioses aumentó también los embarazos de la Siria (186) (1).

Aníbal veía todos sus planes disiparse como otras tantas ilusiones. No le quedó más partido que huir, y tampoco le perdonó la venganza romana. Se vió á un senador, un general que había ganado gloria en el campo de batalla, el que había proclamado la libertad en Grecia, Flaminio, reclamar cerca del infame rey de Bitinia la muerte ó la extradición del enemigo de Roma. Aníbal se libró por el veneno. En cuanto á Prusias, fué bien pronto con el gorro verde á besar el umbral de la curia y declararse libertado del pueblo romano. Hé aquí un digno y verdadero representante de los imperios asiáticos (2).

La independencia del mundo muere con el gran capitán que tan largo tiempo la defendió con su genio y su espada. Á partir de él, no se hará más que registrar sucesivamente sumisiones de provincias y de imperios.

Cuando la Macedonia, cuando la Grecia y la liga aquea, cuando Cartago, la patria del héroe, son ya provincias romanas, ¿qué posibilidad queda al Asia de no llegar á serlo? Roma no apresura ni adelanta el tiempo. Deja al Oriente decidirse, debilitarse, disolverse; pretende no tener ya ni áun el trabajo de una guerra seria contra estas razas bastardas, y cuando la servidumbre será bien evidente, la hará constar. Su mano, que dirige los Estados del Asia, les pulveriza unos contra otros y no tiene más que hacer que reunir los pedazos.

(1) Apiano, *Guerras siríacas*.  
(2) Véase el capítulo de Roma.

Tal fué la suerte de todos los desmembramientos occidentales del imperio macedónico ó del imperio selucida, y por esta razón Pérgamo fué la primera que cayó.

Su dinastía había obedecido las órdenes de Roma. Eumenes III se había declarado aliado de la república contra Filipo, contra Nabis, contra Antioco, y recibido honrosamente en Roma, había obtenido en recompensa casi toda el Asia Menor. Y sin embargo, al ver la efigie de este rey en las medallas que acuñó, se reconoce en sus músculos áun modificados por la edad y por una robustez excesiva (1) un carácter de fuerza y de nobleza que no está habituado á reconocer entre los sucesores de Filetero. Así, pues, este príncipe se atrevió á rechazar por sí sólo al rey del Ponto y extender los límites de su reino por el lado de la Bitinia y de la Galacia. Sostuvo además un rey legítimo de Siria, y llevó su audacia, en la época de la guerra de Perseo, hasta vacilar un instante entre Macedonia y Roma. Desde este momento, el senado, recelando de él, le tuvo bajo su alta vigilancia como un aliado, ó como un esclavo dudoso.

El hermano de Eumenes, Atalo II (157-137), abrazó más completamente, aunque sin bajezas, el partido de los romanos. Fué ayudado por ellos contra Prusias de Bitinia, que le impuso una paz onerosa. Este Atalo, por lo demás, como todos los reyes de Pérgamo, debía aprovecharse de la desgracia de los vencidos, y subastó los despojos de Corinto. Parece que no había aceptado sino como un despropósito; cuando murió dejó la corona al hijo de Eumenes, Atalo III, Filopator.

Se sospechó, sin embargo, que el joven rey había envenenado á este anciano octogenario. Esta impaciencia se concebiría si fuera posible en el loco Atalo III, que se consolaba con los suplicios de la muerte de su madre y de su mujer; que sembraba en su jardín y enviaba á sus cortesanos hierbas envenenadas; que, en fin, descubierta la cabeza ante la mayor fuerza de los rayos del sol, y queriendo fundir un monu-

(1) Plutarco dice que era enormemente grueso (*An., sen. gerend., sit. resp.*)